

VOLUNTAD DE FUEGO de Lucía Ibor

La aldea a sus pies cada vez ardía con más violencia. Mientras mujeres y niños corrían despavoridos entre gritos de auxilio, los hombres se amotinaban en las murallas del castillo, exigiendo su cabeza. El humo y las cenizas impregnaban el ambiente, pero no podía importarle menos. Ella ya estaba muerta desde mucho antes.

Desde el balcón de su alcoba, la reina tocaba su violín. Los rebeldes no tardarían en romper la puerta del marmóreo palacio, y someterla a la justicia, si no la llevaban a la guillotina de inmediato. Al fin y al cabo, ella misma había provocado todo ese desastre.

Se escuchó un fuerte ruido en el interior, y después otro, y otro más. La puerta finalmente cedió. Pero para su sorpresa no entró una turba furiosa, sino un solo hombre. Caelus, su caballero de máxima confianza.

_¿Mi señora! La puerta de palacio no resistirá mucho más, ¡Tiene que salir de aquí!

Intentó agarrarla de los hombros y hacerla entrar en razón, pero ella seguía aferrada a su violín. Consiguió que dejase de tocar, pero la reina no dejó de darle la espalda.

_Caelus, recuerdo haberte dicho que no me gusta que me interrumpas cuando estoy tocando. _Apoyó el delicado instrumento en una mesa, y se detuvo a admirar los delicados tallados que decoraban la superficie del instrumento, pintados de color dorado por la luz de las llamas_ ¿No crees que esta escena merece algo de música?

El caballero no pudo ocultar la consternación al ver a su señora. Ella, que nunca se había rendido por más dura que fuera la batalla, estaba tirando su espada y entregándose a su propia gente. Era inconcebible.

Con el porte del león que observa a su presa, Areia se apoyó en el balcón y volvió a observar la trágica escena ante ella. La puerta de la blanca muralla ya era pasto de las llamas, y los aldeanos entraban furiosos en el interior del castillo, arrasando sus jardines.

_Tiene gracia que aquellos que ayer me alababan como a una Diosa ahora quieran mi cabeza. _Se le escapó un resoplido_ Si querían llamar mi atención no era necesario tanto espectáculo.

_¿Por qué?

La pregunta más ansiada. *¿Por qué no huía? ¿Por qué no se escondía en un reino vecino, o en el espesor del bosque, donde nadie la encontraría? ¿Por qué se rendía?*

La reina se dio la vuelta, esta vez acercándose al que fue su mano derecha por tantos años. Se tomó la licencia de acariciar su mejilla, entrelazando sus dedos en los morenos rizos que decoraban su sien.

_Tan preocupado por mí como siempre. ¿Cuántas veces te dije que intentarás ocultar mejor tus emociones? Le das pistas innecesarias al enemigo. _Hizo una pausa, como si le costara pronunciar cada una de las palabras que salían por su boca_ A veces, hasta la más robusta de las montañas se ve erosionada con el paso de un río. Estoy harta de luchar, Caelus. Si me quieren a mí ya saben dónde encontrarme.

El caballero posó su mano encima de la que se encontraba sobre su mejilla, y la agarró con fuerza.

_¿Ni siquiera va a intentarlo? El camino hasta el establo no es tan concurrido y nadie nos vería, no les daría tiempo a alcanzarnos. Podemos salir de aquí, si luchamos juntos. Como siempre. _Se le quebró la voz al pronunciar esas últimas palabras. Sabía que era imposible.

Un par de lágrimas traviesas rodaron por sus mejillas, y la reina las atrapó con sus niveos dedos. Esta se alzó de puntillas y depositó un suave beso en sus labios.

_Gracias. Por todo. _Se detuvo a observar los bonitos ojos marrones que en tantas otras ocasiones le habían mostrado el camino a seguir, y en un momento se permitió sentir debilidad. _Siento haberte arrastrado a este desastre.

_Sabes que iría hasta lo más profundo del Inframundo si así me lo pidieses, Aeria.

La reina sintió su corazón retorcerse de dolor. Era una verdad indiscutible, pero a la vez una condena. Las cadenas que lo ataban a ella. No moriría en paz sabiendo que lo había condenado por errores que solo ella había cometido.

_Vete, aún tendrás tiempo de huir. Enamórate de nuevo, entrégate a otra señora. No voy a obligarte a caer conmigo.

El joven caballero se incorporó como si una descarga de electricidad le hubiera recorrido el cuerpo. Un rayo de dolor surcó sus facciones.

_No. No puedo permitirlo. _Desenvainó su espada, apoyándola en el suelo, y se arrodilló a sus pies como la primera vez que fue proclamado caballero_ Me da igual lo que hayas hecho, Aeria. Juré que el filo de mi espada te protegería para siempre, y si así lo requiere, así moriré por mi promesa.

Y en mitad de todo ese caos, agradeció que la voluntad del mejor de sus hombres nunca flaquease. Que, aunque el mundo se derrumbase y ella cayese al mayor de los abismos, nunca estaría sola.

_Entonces, mi amado, concédeme este último baile.

Entonó con dulzura la melodía que tocaba al violín anteriormente, y le ofreció su mano al caballero, que la aceptó con la delicadeza del que acaricia los pétalos una rosa. Se incorporó y la acercó por la cintura, observando las odiosas llamas bailar en sus ojos, que lo observaban con una tristeza infinita. Aeria solo esperaba que los dioses se apiadaran de ellos.

Desde el interior de la alcoba, reverberaban los vitores de la Revolución, aunque en ese momento poco importaba.

Caminarían juntos hacia las puertas de la muerte.